quiero y venero tanto á vuestra madre,, como vos y lord Rothwell podéis hacerlo.

—Así lo creo, Felipe, pues si no lo creyese, no sería amigo vuestro.

Durante esta conversación, procuró Valentín no pronunciar el nombre de Ricardo Chesham ni hacer ninguna alusión á las calumniosas palabras de aquel miserable; pero yo recordé con horror las amenazas de venganza que dirigiera á mi amigo. Antes de emprender nuestro viaje, tuvimos ocasión de encontrarle dos veces en el Juvenil Club. Valentín no era hombre capaz de retroceder ante el enemigo, y en cuanto á mí, creíme en el deber de saludarle, para que no se figurase que le guardaba rencor, recordando que me había ganado en el juego una cantidad muy importante. En esas condiciones, era el tiempo el único que podía proporcionarnos la calma y el olvido. Pusímonos de acuerdo con Valentín, y convinimos que para hacer algo hasta el 31 de Agosto, fecha en la que nos esperaban en las posesiones de lord Rothwell, daríamos grandes paseos, haciendo jornadas á pie, y recorriendo de ese modo el camino de Londres al Derbyshire.

...DO DE NUEVO LEÓN
...IOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
...do. 1625 MONTERREY, MEXICO

XII

Un tiempo magnífico favoreció nuestro proyecto, y emprendimos la caminata con el morral al hombro, llevando Valentín además una caja de colores y varios álbums. Estábamos alegres como pinzones, proponiéndonos hacer el viaje tan pronto á pie como en coche, en la lancha ó á caballo, y hacer paradas en donde se nos antojase para

admirar á nuestras anchas las puestas del sol ó los efectos de luz y sombra. Como no éramos andarines fanáticos, podíamos tomar un coche cuando se nos antojase. Estábamos á 31 de Agosto, y el sol radiante que lo iluminaba todo, nos prometía un buen día. Nos hallábamos á la sazón en los confines de Derbyshire; los caminos eran buenos, y los contornos del país que recorríamos tenían un aspecto delicioso. Era precisamente la época de la recolección, y la gente del campo, alegre y contenta, entregábase con ardor á sus penosas tareas. Por su parte, Valentín parecía más satisfecho que de ordinario, y entonaba alto fragmentos de óperas y romanzas, sin hacer caso ni preocuparse de los labriegos, que asombrados, deteníanse para oirle. Recorríamos unos cuatro kilómetros por hora, sin contar las paradas, porque Valentín deteníase á cada momento para coger una flor, admirar un punto de vista, hacer el boceto de algún chiquillo mientras que la madre ó la hermana del favorecido seguían con la boca abierta los movimientos del lápiz ó del pincel. Sin dejar de dibujar, charlaba con los parientes de la criatura, interesándose por el estado del campo, la abundancia de la cosecha y por cualquier otra cosa. Con seguridad aquellas buenas gentes debían conservar gratos recuerdos, y hablarían más de una vez durante las largas veladas del joven pintor de viva mirada y manos llenas de sortijas. Cuando Valentín se dirigía á los pequeños y á los humildes, se justificaba plenamente el sobrenombre que yo le había puesto de «El Hijo del Sol». Hacía algunas horas que habíamos emprendido la caminata y deseábamos descansar, cuando llegamos ante las tapias de un parque que cerraban el camino por uno de los lados. Seguimos andando á su sombra, recorriendo una distancia de más de un kilómetro y teniendo aquellas

interminables tapias siempre á nuestra derecha. Tan monótona compañía nos hizo murmurar, como verdaderos radicales, contra el egoísmo de los grandes propietarios rurales que ocultan á paseantes y caminantes vistas pintorescas por largo tiempo esperadas; ¡al cabo descubrimos un diminuto chalet! Al parecer era la vivienda del portero de la posesión. Por allí cerca hallábase un anciano muy atareado layando su huertecillo. Valentín le llamó. El buen hombre se acercó al sitio en que estábamos, y su rostro desarrugó al ver el aspecto de su interlocutor.

—Dispensadme si os hago abandonar vuestro trabajo—dijo Valentín,—pero tengo deseos de saber á quién pertenece esta propiedad.

—Hace muchos años que está sin habitar.

Volvióse hacia mí, y bajando la voz, me dijo Valentín:

—El «ausentismo» es una de las cosas que sería suficiente para convertirme al comunismo.

Y levantando la voz, añadió:

—¿Podremos visitar la casa?

—Aquí no entra nadie, señor.

—Ved lo que son las cosas—dijo Valentín.—No se trata siquiera de uno de esos grandes que tienen la condescendencia de abrir las puertas de sus parques doce veces al año, para que todos los recorran. Vamos, buen hombre, decidnos si vos nos permitiréis la entrada.

—No, señor, no puedo permitírosla.

—Tal vez una monedita de plata os hará cambiar de modo de pensar.

El viejo alargó la mano.

—La puerta no está cerrada del todo—dijo,—soy un poco sordo, entrad si queréis.

Embolsóse la moneda, y empuñando la laya, se puso otra vez á trabajar en su huerto. Valentín

empujó la puerta, por más que yo traté de impedírselo.

—Sabed, amigo mío, que no me gusta penetrar en aquellos sitios en que está prohibida la entrada—le dije.

—A mí me sucede lo mismo; pero qué queréis, no puedo resistir al deseo que tengo de visitar este hermoso parque, y de admirar sus árboles centenarios. Nada hay sagrado para un paseante curioso que tiene pretensiones de artista, y además, ya que me costó el dinero, no quiero desperdiciar esta ocasión.

Cruzamos el umbral de la puerta y nos internamos en una ancha avenida sombreada por magníficos y corpulentos árboles. El espíritu más bien equilibrado no habría podido por menos de cometer el pecado de la envidia al ver aquellas praderas extensísimas onduladas, verdes y recorridas por centenares de carneros. Aunque nos hallábamos aún á grande distancia del castillo, pudimos ver que éste tenía cerradas todas las ventanas.

—Demos una vuelta por el parque, y marchémonos—dije.

—No, Felipe; ya que estamos dentro, tengo grandes desesos de visitar este castillo y recorrerlo, á ser posible.

El palacio, que era muy antiguo, debió construirse por partes y en épocas distintas, á juzgar por su arquitectura. En el centro veíase un edificio sólido y no muy alto, con gran fachada; á uno de los lados, al derecho, una elevada torre que dominaba todos los alrededores, y el resto era más moderno, y según parecía, lo habían ido añadiendo á medida que lo exigieron las necesidades de los dueños. A excepción del parque, cuyas vastas praderas se utilizaban para pastos, todo parecía hallarse abandonado, sin embargo, de que al cabo descubrí una pequeña espiral de hu-

mo que salía de una de las chimeneas del castillo.

—¿Presumís á quién puede pertenecer esta posesión?—preguntó Valentín.

—¿Cómo demonios queréis que lo sepa? Tal vez forma parte de alguna herencia que esté en pleito; lo que sí es seguro es que hace muchísimos años que en esos magníficos jarrones de mármol de la terraza no han puesto flores.

En el mismo momento en que cambiábamos estas palabras, se presentó una mujer de una edad regular, vestida con un traje obscuro, y nos salió al encuentro.

—Ahora sabremos, amigo mío, quién es el afortunado ó desgraciado propietario de este castillo; uno de los genios familiares de este sitio se nos apareció, y nos sale al encuentro.

—Sí; pero será sin duda para invitarnos á que nos marchemos, cuanto antes mejor. Sabe Dios por quiénes va á tomarnos esa mujer cuando vea vuestro extraño aspecto, y las sortijas que brillan en vuestros dedos.

—No tengáis miedo de nada, querido, porque llevo en el bolsillo un trozo de cuerda de ahorcado.

Con su acostumbrada gracia, excusóse Valentín, sombrero en mano, por nuestra intrusión en aquellos lugares. Habíamos pasado por allí y la puerta estaba abierta, las praderas eran hermosas, como los árboles, y ya sabéis lo que sucede siempre: la ocasión hace al ladrón.

Al ver todas las persianas corridas, habíamos pensado que el propietario debía estar ausente y que, sin cometer ninguna indiscreción, podíamos estudiar la arquitectura de aquel antiguo edificio. Si hubiésemos podido prever que íbamos á molestar á una de las castellanas, no nos habríamos permitido llegar allí. En mi fuero interno reíame de todo aquello, porque, ¡palabra de honor! nunca se había visto á las castellanas acudir al encuentro de los forasteros para echarlos de sus parques. Esto aparte de que era grotesco suponer que una persona, de aspecto honrado y franco, sí, pero vulgar, pudiese ser la dueña y señora de todo aquello. A Valentín le constaba esto mismo; pero sabía también que un aparente error no podía por menos de halagar á la persona objeto de él; ¿á qué criada no le agrada que la confundan con su señora? Son muchas las personas que se dejan pescar con el anzuelo de la vanidad, y este defecto, no es sólo peculiar á los que sirven, sino que está muy extendido. Recuerdo que un día oí contar á un camarero de café que había conseguido ganar al año quince libras más que sus compañeros, nada más que dando el título de coronel ó de capitán, según su edad, á los jóvenes oficiales que frecuentaban el establecimiento en que él servía. La recién llegada se mostró mucho más amable.

—Por más que este castillo sea de un particular, no hay ningún inconveniente en que os paseéis por el parque, si así lo deseáis; por desgracia no hay en él nada de notable.

—El castillo debe ser muy bueno, ¿no podríamos verlo?

—Es de todo punto imposible, pues hace muchos años que está cerrado, y la orden que tenemos de no dejar entrar á nadie, no puede ser más terminante y severa.

El atractivo que tiene siempre el fruto prohibido, acrecentó, naturalmente, nuestro deseo de entrar allí.

—Veamos, señora, si podemos entendernos—dije,—¿por qué no hacéis una excepción en nuestro obsequio? Somos amigos de lord Rothwell, al que conoceréis, aunque sea sólo de nombre.

Al oir aquel nombre el ama de gobierno, hizo una media reverencia.

—¿Sabéis, señores, si lord Rothwell ha regresado de sus viajes?

—Mañana nos espera para cazar en sus posesiones; ¿os decidís, al cabo, señora, á enseñarnos el castillo?

—Lo haría con muchísimo gusto; ¡pero son tan rigurosas las órdenes que recibí! Paseaos por el parque. ¡Oh! ¡Si hubieseis visto qué hermoso era antes!

Valentín volvió á insistir; pero en vano.

—Entonces, señora, será preciso que nos consolemos contemplando las bellezas exteriores, ¿á quién pertenece esta posesión?

—A sir Laurencio Estmere—respondió la buena mujer con acento digno.

Miré á Valentín, y vi que se había puesto muy pálido.

—¿Y sir Estmere no vive aquí?—pregunté.

—Hace muchos años que no ha venido.

—¡Cosa más extraña! Y sobre todo tratándose de una posesión tan hermosa; ¿es que su propietario tiene mucha afición á viajar?—añadí.—¿Es joven?

—Se debe aproximar su edad al medio siglo —contestó.

Valentín, que había recobrado su sangre fría, me cogió del brazo, diciéndome:

—Vamos á dar una vuelta por el parque, querido Felipe. Muchas gracias por todo, señora...

—Payne, ese es el apellido de mi marido.

—Mucho me agrada saber cómo se llaman las personas con las que tengo el gusto de hablar—dijo Valentín.

—Gracias, señora Payne; tal vez nos volveremos á ver luego.

—Así lo espero—respondió la buena mujer halagada quizá con la esperanza de una buena gratificación.

No me dijo Valentín ni una palabra hasta que nos hallamos á cierta distancia de la señora Payne y ésta no podía oirnos. Entonces, con acento conmovido que demostraba la tristeza que le dominaba, díjome:

—Ahora comprendo el por qué del atractivo irresistible que estos lugares tenían para mí. Sabed, Felipe, que he debido nacer en una de esas habitaciones, pues la casualidad nos trajo al castillo de Estmere Court, al que hace veinticinco años que llegó mi madre, joven y hermosa, para dejarse arrastrar por la corriente de la vida que entonces se presentaba para ella con sus colores más alegres. Pues bien; esta es la casa que mi padre abandonó un día dominado por la duda y la sospecha que poco á poco convirtiéronse para él en intolerables suplicios. ¡Ah! ¡No hay cosa más cruel que ser un extraño en su propia casa! ¡Que no me sea posible, Dios mío, descubrir la verdad y devolver á mi madre la estimación y el cariño de su marido! ¡Que no pueda yo penetrar el misterio de su conducta! Habríamos podido encontrarnos aquí mi padre y yo, sin que sospechásemos los lazos que nos unían el uno al otro. Para que obrase del modo que lo hizo, es preciso creer que perdió la cabeza.

—¿Hicisteis alguna tentativa para encontrar á vuestro padre?

—¡Nunca! Hace dos años hice decidido propósito de llevar á cabo esas pesquisas, y antes de emprenderlas fuí á conferenciar con lord Rothwell, del que no pude obtener ningún dato. No insistí más, porque lo que sabía acerca de mi padre me bastaba. Sois la única persona, Felipe, con la que puedo desahogarme, porque á vuestros ojos mi madre es honrada y digna de todos respetos. Lord

Rothwell no me ocultó que sir Laurencio Estmere no tiene más que odio y desprecio para aquella á quien cree fruto de los amores culpables de su esposa. Es una mentira infame inventada por el demonio y difundida por alguno de sus satélites, con objeto de aniquilar para siempre la paz y la dicha de dos ó tres almas. Mi madre me habló alguna vez de mi padre, del que dice que antes de que tan horrenda calumnia sembrase la duda y la turbación en su alma y en su corazón, era un hombre digno y muy bueno. Hoy vaga como una alma errante por la tierra, y deja á su esposa en el mayor abandono y expuesta al desprecio de la sociedad.

—¿Desde aquella época tuvo vuestra madre directa ó indirectamente nuevas de su esposo? ¿La cuestión de interés no contribuyó á complicar e asunto?

—No, porque mi madre—contestó Valentín—habría preferido morirse de hambre antes que recibir ni una corona del hombre que puso en duda su honra. Aparte de eso, su fortuna personal la libró de tener que sufrir esa humillación.

Si se puede juzgar la fortuna de las personas por la importancia de sus posesiones, en vista de la extensión de aquel soberbio parque debía suponerse que sir Laurencio era riquísimo. Inspiróme Valentín profunda compasión, y poniéndome en su lugar me dije que en el caso en que me hubiese visto tratado como extraño en mi propia casa por antiguos servidores de la familia, y como un paria por mi padre, habríame matado tanto desprecio.

—¡Y cuando pienso que esta hermosa posesión y todas las tierras de los alrededores—exclamó Valentín,—pertenecerán algún día á mi hermano! ¡A ese individuo al que no vi jamás, á ese animal sin entrañas que jamás pensó en escribir á su

madre por más que él no pueda abrigar la menor duda acerca de la legitimidad de su nacimiento!

Atravesamos el parque cuyos magníficos paseos estaban cubiertos de ramas muertas y hojarasca. El jardín estaba todo él lleno de hierbajos que invadían los macizos y platabandas; el musgo y los líquenes manchaban los zócalos de los jarrones de mármol sucios y sin flores; los saltos y juegos de surtidores no funcionaban en las fuentes, y era tanto el abandono y el descuido que reinaban en absoluto en toda la posesión, que hubiera llamado la atención á cualquiera que la visitara por curiosidad.

Figuráos, pues, cuál sería nuestra emoción al no ignorar como no ignorábamos las causas de aquel tan triste estado de cosas. Examinamos el castillo con mucha atención, deteniéndonos ante sus cuatro fachadas.

—A toda costa quiero visitar este castillo, vamos en busca de la señora Payne, y probaremos si la podemos sobornar—dijo Valentín riendo,—tiene cara de ser una buena mujer, y tal vez la convenzamos.

La señora Payne, que sin duda nos estaba acechando, se presentó casi en el mismo instante, y la hablamos de las bellezas del parque, suplicándola al mismo tiempo con mucha insistencia nos dejase ver el interior del castillo. Valentín, con mucha habilidad, puso por delante á lord Rothwell, persona á quien aquella parecía profesar gran respeto. Dióla también á entender que se mostraría generoso con ella, y que no tendría motivo de queja. La animación de la mirada de su interlocutora indicaba que comenzaba á ablandarse.

—Estoy muy apurada—dijo,—pues mi marido se fué al mercado, y si supiese que os dejé entrar

en el castillo, se incomodaría mucho y me regañaría.

—No queremos ver más que algunas habitaciones.

—Pues no tiene nada de particular, porque los muebles están cubiertos con fundas, los objetos de arte guardados bajo llave; las alfombras recogidas y las porcelanas en los armarios. Hasta temo mucho que ni siquiera vamos á poder abrir las puertas.

—Ya nos cuidaremos nosotros de hacerlo, no os apuréis por ello; vamos, echad á andar, señora Payne, y os prometo que cuando llegaré á Londres os enviaré un buen corte de vestido de seda, y es más, si vuestro marido no ha vuelto del mercado cuando acabemos de ver el castillo, me permitiréis que os dé un beso antes de separarnos—dijo Valentín.

—¡Jamás! ¡Jamás!—respondió la señora Payne riéndose á carcajadas.—Hace muchos años que no me han dicho una cosa semejante. En verdad que sois el hombre más tenaz que he conocido nunca.

—Eso mismo dice todo el mundo; pero ya sabéis que el éxito es de los audaces. Demos la vuelta al castillo, entremos por una puertecilla de escape, y enseñadnos el camino. Paréceme, señora Payne, que somos antiguos amigos. Cuando lo hayamos visto todo, ¿tendréis la amabilidad de hacernos una taza de ?

La doble oferta de un corte de vestido y de un beso además, como gratificación, produjo el efecto apetecido; ¡sésamo, ábrete! La conquista estaba hecha. Nuestro guía femenino atravesó un patio, luego varias dependencias destinadas á la servidumbre, y entramos en el castillo por una puerta de hierro. Por ésta entró Valentín Estmere en la vivienda de sus mayores, ó al menos, en la cocina del castillo. ¡Qué triste llegada para

un hijo de la casa! Seguimos al principio un corredor tan largo que parecía interminable. Las llaves rechinaban al dar la vuelta en las cerraduras, y su ruido repercutía en aquellos abandonados lugares el eco de nuestros pasos, y al cabo llegamos al espacioso vestíbulo. Sin dejar de seguir á la señora Payne, Valentín me dijo en voz muy baja al oído:

—¿Creéis que este castillo pertenece desde hace mucho tiempo á mi familia? Decid á la señora Payne que estoy fatigado, y que necesito descansar un poco, y mientras tanto, hacedla hablar todo lo que os sea posible. ¿No os parece que es el dedo del destino el que nos trajo aquí?

Era el vestíbulo una habitación muy espaciosa, cuyo suelo estaba embaldosado con grandes losas cuadradas de mármol blanco y negro. Tenía el techo cubierto de magnífico artesonado de encina esculpida. Los elevados sitiales de alto respaldo cubiertos con sus fundas de tela blanca, parecían otros tantos espectros sentados en derredor de gigantesca mesa.

En uno de los extremos del vestíbulo empezaba la escalera, de aspecto verdaderamente regio. Una vez convertida la intrusión en hecho consumado, la señora Payne desempeñó á conciencia su papel de cicerone.

—Este es, señores, el gran salón—dijo enfáticamente, penetrando resueltamente en una habitación obscura como boca de lobo.

Oímos el ruido que hacía al querer correr las barras de hierro, y después de una lucha bastante larga, consiguió abrir las ventanas ¡y se hizo luz! En el salón, que era de grandes dimensiones, y de techo muy elevado, estaba también todo el mobiliario oculto bajo las fundas, y la grande araña envuelta en gasa, parecía una gigantesca cebolla colgada en el techo. La alfombra arro-

llada en un rincón, semejábase á un enorme cilindro. Había tenido razón la señora Payne, al asegurarnos que el interior del castillo de Estmere Court no tenía nada de particular. Deseosa nuestra guía de que juzgásemos el conjunto por una de sus partes, levantó en nuestro obsequio las fundas que cubrían los muebles, de dos antiguos gabinetes, de ébano y marfil.

En todas partes percibíase ese olor característico de las habitaciones que no se ventilan, lo cual no tenía nada de extraño, pues hacía veinte años que nadie vivía allí. El salón, el comedor, la biblioteca, tenían comunicación entre sí, y se parecían unos y otros por su magnificencia. En la biblioteca, gracias á la amabilidad de la señora Payne, que levantó las cortinas, vi que los estantes estaban llenos de buenos y escogidos libros, encuadernados con lujo. De esta habitación pasamos á una galería llena de cuadros y de retratos de la familia; unos representaban hombres de tez atezada, otros mujeres de tez clara, sonrosada, todos curiosos y cada uno de ellos ofreciendo, en su género, un interés especial. Allí nos detuvimos mucho rato escuchando el detallado relato de la señora Payne. Tomábame yo, que no poseía ni el menor dato acerca de mi familia, grande interés al escuchar la historia de los antepasados de la de mi amigo; pero cuando un padre niega la legitimidad de un hijo suyo, éste no puede experimentar más que indiferencia hacia el pasado. Valentín iba y venía de una parte á otra, y no hablaba; pero reíase á veces, sin embargo, al oir las observaciones artísticas de la señora Payne; su risa tenía mucho de forzada.

—¿No hay por ahí ningún retrato de sir Laurencio Estmere?—preguntó.

—Entre estos, no.

—En todo caso, es indudable que debe haber alguno en la casa. Me agradaría muchísimo verlo.

El tono autoritario con que Valentín dijo estas palabras, pareció desconcertar algo á la señora Payne.

—En efecto, señor; hay un cuadro que representa á sir Laurencio y á lady Estmere en la época de su casamiento. Ese cuadro lo pintó el célebre Millais.

—Quiero verlo.

—Es imposible.

—Escuchad con atención lo que voy á deciros, señora Payne—dijo Valentín.—Tan cierto como os lo digo, os daré cincuenta guineas si me enseñáis ese cuadro; ¿dudáis de mi palabra? Dadme vuestro portamonedas, Felipe.

—Se lo dí, sacó de él treinta libras y veinte del suyo, y enseñó á la señora Payne las cincuenta monedas de oro.

—Todo este dinero es vuestro, señora, si queréis ganarlo; á la verdad es una cantidad muy grande por tan poca cosa; pero no importa.

La señora Payne se puso muy encendida, porque para ella era aquella una cantidad enorme.

—Me pedís un imposible, señor—respondió.

—¡Vamos! ¡Decidíos! Cinco minutos bastan para que yo vea ese cuadro.

—Una vez más repito que es absolutamente imposible.

—¿En dónde está el cuadro?

—En el mismo gabinete en que está la caja de caudales.

—¿Y cómo demonio se les ocurrió la idea de meterlo allí?

—En el momento en que sir Laurencio se disponía á marcharse, ordenó que se descolgase el cuadro. Al principio quería que se quemase, pero después cambió de idea, y lo mandó guardar en ese cuarto.

—¿Y quién tiene la llave?

—Supongo que la tendrá el mismo sir Laurencio; pero no lo sé á punto fijo. ¿A qué se debe que tengáis tanto interés en ver ese cuadro?

—No me hagáis esa pregunta, querida señora Payne, tal vez algún día lleguéis á saberlo.

—Si tanta curiosidad la tenéis también para ver un retrato de lady Estmere, puedo enseñaros uno. Voy á buscar una acuarela en que está con sus dos hijos.

La señora Payne nos abandonó por un momento, y al poco tiempo se presentó llevando un cuadrito en la mano.

—Es muy probable—dijo, quitándole el polvo,—que se le haya olvidado á sir Laurencio.

No era más que un apunte; pero hecho por la mano de un maestro, por Millais probablemente. En ese retrato, lady Estmere representaba unos veinticinco años; su cabello vaporoso, tenía un matiz rubio muy claro, y su fisonomía radiante de alegría. Un loco únicamente habría sido capaz de dudar de aquella mirada tan cándida y pura. Tenía á uno de sus hijos sobre las rodillas, y al otro en pie á su lado. Una sonrisa impregnada de amargura hizo que el expresivo rostro de Valentín cambiase de expresión cuando me señaló con el dedo, cubierto de anillos, uno de los niños, que era él. Durante largo rato contemplamos ambos el cuadrito, sin decir una palabra. Lo que nosotros hubiéramos querido ver habría sido el retrato de sir Laurencio. A la señora Payne la sorprendió algo el poco interés que al parecer nos inspiraba el retrato de lady Estmere. Se lo devolvimos, y lo colocó encima de un mueble, exclamando:

—¡Ah! ¡Eran en verdad unos niños muy hermosos! ¡Cuántas veces me he preguntado si alguna vez volveré á verlos!

—¿Hace muchos años que estáis en esta casa, señora Payne?

—Podréis juzgar vosotros mismos, señores, cuando os diga que no había aún cumplido los catorce años cuando entré en ella.

—Haced lo posible para lograr que hable—me dijo Valentín en voz baja.—Debe estar enterada de todo, y yo no me hallo en estado de poderla preguntar nada.

—¿Queréis ver las habitaciones de arriba y además la torre? Ya que hemos entrado hasta aquí, no dejaremos nada por ver.

—No tengo gran empeño; pero á mi amigo no le sucede lo mismo—contestó Valentín.—Os esperaré aquí, porque estoy muy cansado.

El rostro de la señora Payne reveló como una sombra de inquietud.

—Podéis estar completamentte tranquila, que no me llevaré nada—añadió Valentín.—¿Vais, Felipe, á continuar visitando el castillo?

—Con mucho gusto, si es que la señora Payne no tiene ningún inconveniente en dejaros solo aquí durante unos cuantos minutos.

—Así podré examinar con toda calma esos dos cuadros de la escuela holandesa. Es necesario que sepáis, señora Payne, que mi profesión es la de artista.

—Eso mismo me había yo figurado.

Las sortijas que brillaban en los dedos de Valentín y su traje un tanto excéntrico, correspondían á la idea que la buena mujer tenía formada de un pintor. A los pocos minutos de ocurrido esto, la señora Payne y yo subíamos por la escalera que conducía á los dormitorios.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO